

Disparatario

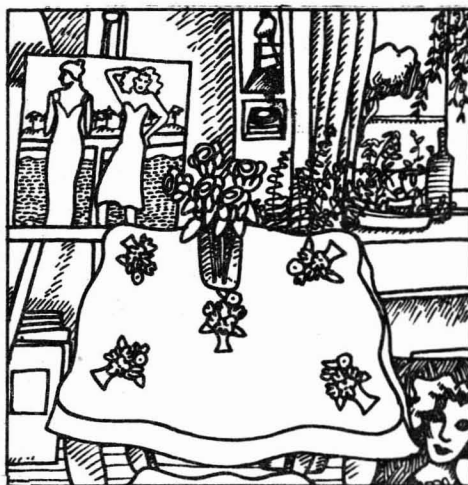
El espíritu en fuera-de-lugar

Al momento en que aparezcan esta líneas habrán cesado los rumores provenientes del escándalo que acompañó la celebración del último campeonato mundial de fútbol. Tal vez, es lo deseable, el sentimiento de frustración colectivo haya cedido su lugar a la esperanza en el surgimiento de un futuro mejor mientras las caras ayer largas se muestran alegres; aunque, a decir verdad, no menos melancólicas. Todos en fin, hombres y mujeres, autores y lectores, apartados ya del terrible tráfigo deportivo, nos aprestamos a ejercer nuestros oficios, lejos de las deformaciones competitivas que roen a los deportes comercializados.

El editor, por ejemplo, se entrevista con el poeta que somete a su consideración un abrumador conjunto de papeles que él, el editor, observa con explicable aprensión aunque no por ello con hipócrita simpatía. Podemos adivinar que después de cruzar las palabras de rigor, ambos se despiden con la formal promesa de que en el plazo de un año volverán a reunirse para charlar sobre un asunto que vienen repitiendo desde un quinquenio atrás. Se estrechan la mano y el editor, precavido, no se atreve a brindarle un whisky a su cíclico e infatigable visitante.

El poeta, no a fuerza otro diferente al del párrafo anterior, ya sin el aturdimiento del fútbol a escala ecuménica, preparará sus armas para escribir un poema más con el cual podría seducir (¿será esta la ocasión?) la reticencia de los jurados de un jugoso certamen de poesía.

Otro tanto ocurrirá con el prosista que durante largos meses ha venido apilando cuartilla sobre cuartilla. Hábil narrador refiere en ellas, por ejemplo, cómo la policía urbana persigue con saña ciudadana a las *marías*; en distintas páginas no menos intensas, relata cómo la policía rural acosa con furia pueblerina a las *marías*, no a fuerzas otras diferentes de las mismas; y en páginas con gran carga de contenido social cuenta cómo los intelectuales justamente indignados alzan la voz en favor de los desvalidos al tiempo que condenan a los policías



urbanos y a los policías rurales, quienes —expresa— no tienen a fuerza por qué ser diferentes unos de otros.

El prosista aguarda con merecidos títulos obtener medalla de oro y el premio en metálico de un concurso convocado por las autoridades de una ciudad del interior, en la que la práctica del fútbol a niveles humanistas ha impedido que la persecución a las *marías* sea lo que se dice un trauma social.

Por razones de pluralismo resultaría pésimo que la república literaria estuviera constituida sólo por poetas y prosistas. Por fortuna no es así; en ella también coexisten ensayistas, filósofos con patente y sin ella, correctores de pruebas y estilo, lectores, gacetilleros, reseñadores de libros, solapistas, prefacistas, periodistas y otros muchos creadores y artesanos más de la palabra sabia. Estos, ya desvanecidos los rumores malignos del fútbol, se hallarán entregados también a sus honestas labores en pro del progreso del espíritu, si cabe.

El ensayista habrá leído y anotado la prensa que reproduce con intensidad zoológica los avatares del campeonato futbolístico con objeto de acumular la documentación necesaria con la cual aplicar los métodos de aproximación a un mundo enajenado por la más alharaquenta de las prácticas deportivas.

El ensayista habrá hecho caso omiso de sus propias experiencias a fin de impedir los penaltis, con perdón, del subjetivismo; pero eso sí, se habrá dado vuelo cambiando impresiones con los choferes de los taxis, en quienes reconoce que son, banderazo menos, banderazo más, conciencias deambuladoras de la política nacional. A mayor abundamiento, habrá escuchado los comentarios deportivos de sus vecinos de mesa en

bares burgueses y en cantinas populistas, procurando ingerir bebidas amables y no fuertes, las que le impedirían distinguir en caso de apurarlas los matices y los tonos que estructuran una conversación normal y por lo sobria no sujeta al rudo etilismo de bebestrajes desconsiderados.

El ensayista con estos y otros instrumentos (la grabadora, la grabadora) emprenderá la tarea de interpretar el fútbol a título de fenómeno mágico-científico por un lado, y por otro como una de las bellas artes (aunque pedestre) o expresión folklórica en el ejercicio de torturar cristianos con la ayuda o sin la ayuda de entorchados sudamericanos programados por la CIA.

El producto intelectual del ensayista tendrá también un destino conocido: cualquier certamen literario convocado por instituciones amantes del espíritu.

Por la misma senda irá el filósofo al uso, estimulado asimismo por el cese del campeonato mundial de fútbol. Para fortuna de muchos, la filosofía no mira en su derredor la competencia concursiva y por lo mismo su desinterés la hace menos vulnerable a los puntapiés competitivos y a cualquier otra práctica en la que el músculo suplanta a la inteligencia. Este lúcido comportamiento, sin embargo, no mueve al filósofo a dejar de visitar de tarde en tarde a su próspero editor, quien le da menos largas que al poeta en busca de fama; lo trata sobre todo con deferencia y sí le brinda un whisky.

Y para terminar reconocemos que las cosas se producen diferentes para el periodista raso. El carácter de su trabajo, contiguo a la primera línea de fuego de la realidad informativa, lo compromete demasiado con la prosa de la vida. Para su persona el fútbol no es ni de ayer ni de hoy ni de mañana (cada módulo temporal sin vinculación entre sí). El fútbol para él es la cosa más habitual, pan de hoy y eterno dominó; en una palabra, *tacataca* del teclado mecanográfico en busca de ortografía. En fin. Por lo mismo, terminado el campeonato futbolístico, él prosigue escuchando a los comentaristas agoreros, los alaridos, los comerciales, los golpes de pecho, los servicios bancarios al alcance de todos, la diuresis cervicera, las amenazas de un mundo de resentidos, el triunfo cancerígeno de cigarrillos y ciclamatos; el escándalo de quienes preguntan a dónde fueron a parar los millones dilapidados. Sólo eso. Para él no hay ni el oasis de un concurso literario, ni el refugio etilizante de un editor inteligente.

Los casos podrían proliferar, pero no seremos durante más tiempo vehículo a estos desahogos del espíritu puesto en *off side* por el fútbol, más bien hemos vuelto (estando ya la casa sosegada) a nuestras tareas habituales con el ahínco que prescribe la esperanza de ganar un premio literario, por pequeño que sea, y beber el whisky de un mecenas humanizado.

Carlos Illescas

Artes plásticas

¿Para qué criticar?

Aceptar la invitación para colaborar en la sección de artes plásticas de la revista de la Universidad, es asumir la responsabilidad de demostrar la validez de una posición en el campo educativo de mayor complejidad que hay en el país. Por tanto, es necesario precisar una tesis central de orden negativo y otra de orden positivo, como declaración de la lucha que nos proponemos. En realidad, esto es lo que hace toda posición crítica: afirmarse como tendencia en la lucha contra otras posiciones. De manera que la explicitación de la tesis aclara las condiciones de un juego limpio donde este significa lucha. Así pues, contra la búsqueda de sentidos inefables, de contenidos profundos y de secretos en discursividades puras, propondremos la comprensión de las determinaciones concretas de la producción, circulación y reproducción artísticas. Esto refiere por necesidad a una apropiación histórica capaz de transformar las determinaciones que el poder político propone como eternas y universales. La pertinencia de este planteamiento será fácilmente advertible en un evento nacional que ha descubierto las deficiencias prácticas de artistas, críticos e instituciones. En especial, nos interesa ahora precisar la función de la crítica en esta situación.

Las recientes peripecias de un Concurso Nacional de Artes Plásticas, han descubierto las carencias de una crítica capaz de incidir como práctica transformadora. En efecto,

dos grupos de jurados nombrados por el Departamento de Artes Plásticas del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) seleccionó alrededor de 300 obras de entre más de 1000 presentadas, para que otra cuarteta decidiera declarar desierto el concurso y propusiera algunos planteamientos sobre la educación, la divulgación y la promoción del arte; esto debido a que a ellos les pareció una ausencia evidente de calidad pictórica. En sus afanes democráticos, el INBA convoca y se abroga el nombramiento de dos jurados (selección y promoción); un jurado cumple la convocatoria y el otro aprovecha para discutir el concurso al negarse a premiar y propone en cambio una discusión sobre los trabajos presentados, que no parece tener más fundamento que la ausencia de calidad pictórica. Para algunos interesados, este es el caos propio de la política cultural nulificada por el propio Estado; otros culpan a la impericia del actual jefe de artes plásticas; otros más, en fin, advierten un burocratismo imposible de superar. Pero nadie, hasta ahora, ha culpado a los críticos y a la crítica, como tal, de la confusión reinante. Por ello, aunque no exclusivamente, sino porque quisiéramos tocar la raíz del problema, procuraremos puntualizar las dificultades y los recursos para transformar esta situación.

1. Entre la crítica, el Estado y sus aparatos ideológicos, ha existido una relación de avenencia. Para conseguirla, críticos y Estado acuerdan sobre la base de sujetos heterónomos: el Arte, la Cultura, los Valores. Aún en los desacuerdos, hay un afán de avenencia que implica, por necesidad, la sumisión a los aparatos del Estado y la consiguiente falta de alternativas frente a él. Todo en nombre del Arte, el Espíritu,

etc., sujetos nombrados en toda ceremonia oficial.

2. Si esta relación de avenencia es propia de toda formación social, que requiere de la crítica para reproducir los intereses de la clase dominante; en el caso de México, se particulariza por la disputa nacionalista con sus polos: la radicalización socialista como único modo histórico de realizar los intereses nacionales, y el populismo como apariencia democrática de la hegemonía de una clase supuestamente defensora de la nacionalidad.

3. La *Escuela Mexicana de Pintura* tiene la virtud de proponer un nacionalismo tendencialmente socialista, pero tiene el defecto de haber entregado a los aparatos ideológicos del Estado, sus posibilidades de realización. En esta contradicción se han movido dos tendencias críticas: una que procura identificar los valores nacionales con ciertas formas, con ciertos mitos y ciertos ritos, para instalarlos como paradigmas; otra, que se afana por liquidar toda posición nacionalista para abrir puertas al campo de las modas de los centros urbanos del imperialismo.

4. El Estado, por su parte, ha sabido producir los campos de avenencia con las tendencias críticas dominantes hasta hacerlas coexistir, tal como ocurre en el caso del concurso inconcluso. Esto es así porque, ni aquí ni en parte alguna, la ciencia de la historia y las ciencias sociales han concretado, en el estado actual de las luchas de masas, una posición clara y consistente en la lucha ideológico-artística. El realismo socialista, las urgencias político-económicas y el consiguiente desinterés de las organizaciones partidarias de tendencias socialistas, la carencia de alternativas a la educación burguesa (sobre todo en los sentimientos y en las percepciones), son las determinaciones principales de esta situación.

5. El monopolio de los medios de producción, necesaria a esta fase del capitalismo, reduce las posibilidades del trabajo artístico a la codificación colonialista y al nacionalismo epidérmico. Las tendencias críticas correspondientes operan subordinadas a la ideología dominante, y ejercen una labor mercadotécnica capaz de reproducir el campo fértil para fructificar las iniciativas del Estado y de los intereses imperialistas. (No es casual la simultaneidad del caso comentado con el relanzamiento del artista favorito de la OEA y la *I Bienal Interamericana* con patrocinio y orientación privada).

6. Pragmatismo de los productores, oportunismo de los críticos y voluntarismos

